

JUVENIL



© 2014, Dinorah Coronado

© 2014, Ruth Herrera

© De esta edición:

2014, Editorial Santillana, S.A.

Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-633-7

Impreso en Colombia.

Diseño de portada: Víctor Vidal (Grupo Nous)

Primera edición: agosto de 2014

Primera reimpresión: abril de 2016

Segunda reimpresión: mayo de 2020

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

El Aviador

La historia de Zoilo Hermógenes García

Dinorah Coronado y Ruth Herrera

JUVENIL



Dinorah:

*A todos los aviadores dominicanos que han seguido
las huellas del ingeniero Zoilo Hermógenes García.*

*En recuerdo de mis padres Domingo Coronado,
campeón de atletismo, y Altagracia Suriel,
cosedora de sueños; a mis hijos, Hansel
y Karenina y a mi hermana María del Carmen,
por acompañarme en el largo trayecto
de investigación y escritura de este libro.*

Ruth:

*A los que admiran las hazañas
de los pioneros de la aviación.*

*A los que cometan la osadía de subirse al Poliplano
sin paracaídas y surcar el cielo de sus sueños.*



Índice



1. Infancia en La Vega	11
2. Fin de la escuela primaria	19
3. El viaje en ferrocarril	25
4. En el colegio San Luis Gonzaga.....	33
5. Careos, andanzas y algo de política.....	39
6. Lille, Francia	47
7. De vuelta al hogar, matrimonio.....	57
8. El teatro La Progresista.....	63
9. Intermedio: Los hermanos Wright hacen historia	69
10. El nacimiento de una idea.....	73
11. El vuelo del Poliplano	77
12. La tragedia y los sueños del aviador	89
13. Repercusión del vuelo en La Vega.....	95
14. Ocaso de una vida, legados	99
15. Recuerdos filiales	105
16. Homenajes póstumos	113
Agradecimientos	



CAPÍTULO I
Infancia en La Vega



Zoilo Hermógenes García nació el 21 de diciembre de 1881, en La Vega Real. Era un niño trigueño, de cabello oscuro, ojos vivaces y espíritu inquieto. Le dieron el nombre de Zoilo por su padre, y Hermógenes, por su tío paterno. En ese tiempo casi todo el mundo tenía un apodo: al recién nacido le pusieron “Mogito”, diminutivo de Hermógenes.

Su madre María Dolores Peña (apodada Maruca) lo crió con la misma dedicación que brindó a sus hermanos mayores, Zoila y Fello. Desde pequeño demostró ser un niño despierto, curioso, que no se quedaba quieto hasta poner la mano a todo lo que llamaba su atención. Le empezaron a gustar los libros tanto como los juegos y las diversiones de su edad.

Como a todos los niños, a Mogito le encantaban las celebraciones de cumpleaños. Al cumplir siete años, su madre lo llevó a pasear en coche por el parque y al circo que estaba de visita. En su casa, adornada con el arbolito de Navidad, estrellas, angelitos y guirnaldas, brindaron bizcocho, pastelitos, lerenes

y lechón asado. El ambiente era doblemente festivo al coincidir el cumpleaños con las fechas navideñas.

En la casa no faltaba de nada: don Zoilo era un próspero comerciante y exportador de madera y cacao, dueño de tierras y aserraderos. Se desempeñaba también como gobernador de la provincia.

Mogito recibía muchos juguetes de regalo por su cumpleaños, en Navidad y Reyes; siempre los desarmaba para ver qué había adentro y volvía a armarlos como se le ocurriera. Compartía sus juguetes con Tito, su mejor amigo, hijo de un trabajador del aserradero a quien le llevaba la comida de mediodía en una cantina.

A Mogito no había que obligarlo a estudiar, aprendía al vuelo y asimilaba todo lo que leía. Leyendo descubrió la vida y obra de Leonardo de Vinci; el niño se hizo admirador fervoroso del genial inventor y pintor, conocido por su famosa obra la *Mona Lisa*, o Gioconda, que retrata a una dama de semisonrisa enigmática y mirada distante. Muchos años después, pudo ver el cuadro original en el museo del Louvre en París, Francia.

Le contó a Tito que “Leonardo nació en el pueblo italiano Vinci. De muchacho, cuando tocaba la lira, encantaba a toda la aldea con una música triste, hasta que su abuela le decía que no tocara así porque

le daban ganas de llorar. A los dieciséis años, fue a vivir con su tío Francesco y juntos andaban por valles y colinas. En su cuaderno dibujaba paisajes y cielos borrascosos”

“Le llamaban la atención los fenómenos de la naturaleza, los seres vivos, el origen de las cosas. Leonardo no vivió con su padre y compartía poco con su madre, que pasaba sus días trabajando para mantener a su extensa prole. A pesar de estas condiciones, Leonardo desarrolló un extraordinario espíritu científico”,relató Mogito.

“Muy diferente a ti, que tienes unos padres que te quieren mucho”,señaló Tito.

“Eso es verdad, soy muy afortunado... Como te decía, he aprendido más cosas de Leonardo por un comerciante italiano que viene a La Vega, se llama Pietro. Me copió unos dibujos que vio en los cuadernos de Leonardo en un museo: de poleas para subir el agua y una especie de hombre mecánico que diseñó este artista: ‘*un cavaliere in armatura*’, que se podía sentar y mover ‘*la testa e le braccia*’, un caballero con armadura que podía mover la cabeza y los brazos, ¿te imaginas, Tito...?”

Al igual que Da Vinci, Mogito copiaba en su libreta aves con las patas dobladas y las alas extendidas planeando sobre el firmamento. Llenaba sus cuadernos de ciguas palmeras, garzas de cuello esbelto en arrozales, bandadas de golondrinas viajeras

en formación o tórtolas posadas sobre el sombrero del espantapájaros.

Para la cuaresma, Mogito y los demás niños confeccionaban cometas y chichiguas con un armazón de varillas de coco, papel de vejiga pegado con almidón de yuca, hilo de gangorra y retazos de tela para la cola. Estos ligeros pájaros de papel volaban haciendo zigzags, espirales o buscando el equilibrio con el viento. Abajo quedaban el caudaloso río Camú, las floridas pomarrosas y las olorosas matas de pan de fruta.

Si llovía, se guardaban las chichiguas. Los niños y adultos recitaban: “*San Isidro Labrador, quita el agua y pon el sol*” al santo protector de los campesinos y sus cosechas. En cambio, en tiempo de sequía cantaban:

*Que llueva, que llueva
la Virgen de la Cueva
Los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.
Que sí, que no,
que caiga un chaparrón.*

Chapoteaban en los charcos y se bañaban debajo de los caños que caían del techo de las casas. A su hijo, doña Maruca le contaba los minutos bajo el agua y lo llamaba a la media hora para que no fuera

a darle una gripe mala. Más grande se iba a bañar en las corrientes y saltos de agua del río Camú.

Mogito tuvo como profesor al notable hombre de letras Federico García Godoy, un abnegado educador cubano que hizo de La Vega su segundo hogar. Escribió las novelas históricas *Rufinito*, *Alma dominicana* y *Guanuma*, y el libro de ensayos histórico-políticos *El derrumbe*.

En la escuela, las aulas de cuarto y quinto cursos se separaban por una mampara de madera. Si el profesor de quinto formulaba una pregunta y los alumnos tardaban en responderla, Mogito —que cursaba el cuarto— asomaba la cabeza y decía: “Profesor, yo me la sé. ¿Puedo contestar?”

No siempre le permitían participar en las dos clases para que el muchacho se concentrara en una asignatura a la vez, lo cual era difícil para Mogito que se sabía casi todas las respuestas de las distintas materias.

Sin dificultad, terminó dos cursos en un año con notas sobresalientes. Estudió ciencias naturales, física, sociales, aritmética y gramática. En esa época el libro para aprender a leer y escribir con buena caligrafía se llamaba *Mantilla*, que además contenía fábulas con enseñanzas morales.

Mogito lo compartía con Tito a quien ayudaba a alfabetizar porque este no iba a la escuela. Repetía

palabras con “r”, que no le salían claras a Tito porque era media lengua. Decía “tlen” en vez de tren, o “co-lel” en lugar de correr.

Juntos examinaban árboles, discutían sobre el vuelo de las aves; algunas noches observaban las estrellas, la luna y localizaban los planetas Mercurio y Venus en el cielo. Mogito leía en voz alta las biografías de muchos sabios, inventores y descubridores que les ponían a alas a su imaginación.

A veces Tito tocaba el acordeón; como tenía oído para la música y destreza en los dedos, lo dominaba con mucha soltura. Se sentaban bajo la sombra del guanábano a insistencia de Mogito.

“Pero tengo que apilar el aserrín de los robles que lijó papá”

“Ya mi padre encargó a alguien para que te sustituya, no te preocupes”, contestaba Mogito. “Ven, repite conmigo: carreta, perro, tarro, barro, arco, carta, largo, risa, rato, rabo...”

Observando el vuelo de las aves y pensando en los dibujos de Leonardo, un día Mogito le dijo a su hermano Fello:

“Qué bueno sería montarme en el lomo de un ave gigante y recorrer los cielos de La Vega, Santiago, Puerto Plata...”

“Pero te puedes caer, Mogito”

“Si es un ave grande, no lo creo, pero además yo pienso en un aparato que me lleve lejos, que no sea barco ni ferrocarril, sino que vuele por los aires; hecho de madera y acero”

Consciente de los talentos e intereses de su hijo, don Zoilo reafirmó su decisión de mandarlo a Europa a estudiar en cuanto terminara la educación secundaria. Su padre tenía visión; aunque no había estudiado formalmente, era hábil, trabajador y abría su mente a lo nuevo.

El mayor deseo de Mogito era investigar, experimentar y construir cosas. Las estrellas, claritas en el cielo de La Vega, brillaban en sus pensamientos.